

»Enardecida la sangre del héroe con el fuego de su patriotismo, alza al regresar á su pueblo una bandería más numerosa y formal compuesta de intrépidos burgaleses, y marcha sin hacer tregua contra los conquistadores de Lara. Los cristianos se olvidan del peligro al que exponen su vida: no escuchan más voz que la de su jefe, ni codician otro interés que la derrota de los usurpadores. Confiados éstos en la seguridad que parecía prometerles sus trincheras, se sorprenden al ver que les amaga tan de cerca el acero del terrible adalid, humeante aún con la sangre de sus correligionarios. Entabla proposiciones ventajosas el sitiador, y los sitiados las rehusan con insolente menosprecio. Proclámase entonces la lid; se chocan ambos ejércitos; el estandarte de la cruz ondea junto al de la media luna; los sarracenos gritan: Fernán González anima á los suyos, y declarándose la victoria en favor de éstos, el campo musulmán queda sembrado de cadáveres, y la ciudad y su castillo bajo la dominación del Conde.

»Era aquella época más oportuna para multiplicar los triunfos, que para descansar en los adquiridos. De poco servía que Lara fuese cristiana, mientras subsistiese el gran presidio, que los moros tenían sobre la roca inaccesible de Carazo. Fernán González se propone tomarle, y hace ver á sus caballeros la utilidad que de aquella empresa resultaría al partido católico. El consejo escucha la revelación de tan laudable designio, y todos cuantos combatientes le formaban, juraron imitar el arrojo del Conde, y morir con la espada en la mano antes que separarse de sus filas. Organizadas á la posible brevedad, se emboscaron cerca de un pueblo llamado Barbadillo al pie de la Sierra de Burgos, y habiendo destacado algunos espías que investigasen el género de defensa adoptado por los bárbaros sobre aquel cerro, volvieron trayendo presa una mora que había bajado á llevar agua de una fuente; consultó con ella Fernán González sobre las medidas que convendría tomar para hacerse dueño del presidio, asegurándole de una grande recompensa si cooperaba

al buen éxito de su plan. Sobornada la mujer con la facilidad propia de su sexo, manifestó que, celebrándose en aquel día unas bodas muy festivas, los guardias fatigados no podrían evitar el sueño, luego que llegase la noche: que usando de la conveniente precaución, ella mostraría una luz desde el adarve en señal de que los cristianos podrían subir á la cumbre, y entrar sin el menor riesgo en el fuerte. Admitido este ingenioso ardid, los castellanos se entregaron al asalto, pasando á cuchillo toda la guarnición, sin exceptuar á su comandante Aceifa (1).

»Mucho daño causó á los sarracenos la pérdida de Carazo, por servirles de temeroso dique á los cristianos que intentaban pasar á la Extremadura del Duero. Irritado el Monarca de Córdoba contra el invicto conquistador, reunió un ejército de 69,992 soldados, y se trasladó á las inmediaciones de Lara, donde nuestras tropas rompieron el combate, y ganaron en breves horas la famosa batalla de *Cascajare*, que tanto ha celebrado hasta hoy los fastos de nuestra nación.

»Sin desnudarse el arnés partió el Conde hacia Osma, y habiéndola puesto cerco, se le rindió á los tres días, y eligió por obispo á un monje llamado Silo, que hacía vida penitente en las montañas del Arlanza. El castillo de Gormáz y la antiquísima Roa, ensancharon sucesivamente los dominios de Castilla. Algunas historias cuentan que durante el asedio de aquella ciudad romana, nuestro ejército perdía mucha gente; y que para evitarlo, acordaron fabricar unos parapetos de tierra, y gruesas vigas en el sitio donde después se ha fundado el pueblo de Roada. Los moros insistían pertinaces en defender á toda costa su

(1) Aunque Sampiro ó sus interpoladores explicaron ya el significado de la voz arábica *azeifa*, diciendo si bien no con grande propiedad según el texto de Flórez: «Azeipham, id est, exercitus,» el error sigue prosperando, por más que procuró también ponerle por su parte correctivo el académico D. Modesto Lafuente en su *Hist. gen. de España*. Dozy, explicando esta palabra escribe: «ce mot, que les chroniqueurs latins écrivent ordinairement *azeipha*, est le terme arabe *as-seifa* expédition pendant l'été, et de là, l'armée qui fait une telle expédition (*Recherches*, t. I, pág. 168).

plaza, y con el fin de inculcárselo á los cristianos, les arrojaron en una máquina de guerra un niño muerto, con un papel en el pecho que decía: *Si á nuestros propios hijos, que naturalmente amamos, arrojamos contra vosotros sobrándonos las armas, ¿de nosotros qué esperáis ganar?* La respuesta de esta baladronada fué una lanza despedida en la forma que lo había sido el muchacho, con el siguiente letrero: *Los cristianos no tiran á sus hijos, pues los guardan para matar moros con esas armas.* Vista la resolución de nuestro ejército, salieron de la ciudad fuera de sus murallas: el Conde dió sobre ellos como un rayo devastador, y poniendo en fuga sus apiñados escuadrones, los persiguió hasta las puertas de Roa, cuyos habitantes perecieron, ya arrojándose de los baluartes, ya abrasados en hogueras, que ellos mismos encendían, para librarse de la esclavitud con sus mujeres é hijos.

»Un número copioso de monasterios se enriquecieron con las presas tomadas á los mahometanos por el Conde: otras iglesias le debieron su reedificación, y no pocos santuarios fueron el objeto de sus cuidados durante algún tiempo, construyéndoles y dotándoles con magnificencia y liberalidad. Prosiguió, sin embargo, en busca de enemigos por el valle de Esgueva hasta cerca de Valladolid, y al pasar al otro lado del Duero, ganó á Sandoval y restauró la ciudad de Sepúlveda, vertiendo mucha sangre de moros, que atentaron repetidas veces contra su proyecto y pretendieron burlarle á fuerza de estratagemas. Mientras tanto Abderramén, Rey de Córdoba, despachó un grueso ejército al castillo de Gormáz, y como era escasa la guarnición que en él habían dejado los castellanos, transigieron éstos al punto que el enemigo comenzó sus hostilidades. Orgullosos los árabes con esta primera victoria, moviéronse para Sepúlveda con el objeto de dar alcance á Fernán González; mas el Conde tomóles diestramente la vuelta, y sorprendiendo á los de Gormáz en la posesión de su fuerte, se les volvió á ganar, casi al mismo tiempo que los enemigos entraron en Sepúlveda, desamparada

de habitantes y defensores. Los anales de Cardeña comprueban terminantemente estos sucesos: *Era D.CCCC.LX.III perdieron los moros á Gormáz en el mes de agosto, é ese mismo año quebrantó Almanzor á Sepúlveda.*

»Levantando Abderramén un nuevo ejército, para vengar á todo trance la causa de su falso profeta, nuestro Conde se vió en la precisión de decretar una leva general en los estados de Castilla, Álava y Rioja, que se hallaban sujetas á su dominio, y empeñándose la lucha en *Hacinas* salió victorioso como siempre, aunque con el sentimiento de haber perdido sus principales caballeros Órbita Fernández, Gustios González y D. Lope, señor de Vizcaya. Según el testimonio del africano Abenhax, tuvo efecto esta acción en la Ejira 327, que equivale al año 938 (1).

»Pero aunque el héroe de Castilla parecía haber recibido el dón del cálculo más certero como adversario militar, se le reservaba un contratiempo harto sensible é inesperado del alto prestigio que por donde quiera gozaba. Inutilizado D. Sancho de León para el manejo de las armas á causa de una fuerte hidropesía, sus vasallos le obligaron á salir de la corte y se apoderó del trono Don Ordoño, por sobrenombre *el Malo*, ofreciéndole su apoyo Fernán González; cuyo servicio estimó aquél casándose con su hermana doña Urraca, que vivía en el palacio del Conde desde que Ordoño III la repudió, por vengarse de su suegro. La enfermedad de D. Sancho encontró alivio con una medicina que le administraron los facultativos árabes, y pidiendo gente á Abderramén para castigar la osadía de D. Ordoño, tomó el camino de León, mientras que su tío el Rey de Navarra invadía los estados de Castilla, con intención de impedir que el Conde Fernán González protegiese al intruso. Se encontraron

(1) No sabemos á qué escritor arábigo se refería el autor de estas líneas, pues no existe ninguno de ese nombre; por lo que hace al año 327 de la hégira, dió comienzo el lunes 29 de Octubre de 938 y terminó el jueves 17 de Octubre de 939.

pues los irruptores y los castellanos en Cirueña, pueblo de Rioja, y aunque la batalla fué muy sangrienta, la victoria se decidió al fin por los navarros, y el Conde con un hijo suyo fueron llevados á Pamplona en calidad de prisioneros. La Condesa su hermana intercedió seguidamente por ellos; y movido D. García les puso en libertad, dando así una prueba bien clara del extremado afecto que profesaba á su esposa.

»Cuatro años después de este notable acontecimiento, Fernán González, reconocido primer Conde soberano de Castilla por D. Sancho de León á instancias del de Navarra, partió para Sepúlveda, que estaba sitiada por los moros, y atacándoles con furiosa intrepidez los destrozó completamente, matándoles quince mil hombres, y quedando por consiguiente en su poder las considerables riquezas de que se componía su bagaje.

»Haríamos interminable esta historia, si nos extendiésemos á describir en ella todos los triunfos que atribuyen á nuestro Conde, las de los siglos pasados en beneficio de la religión cristiana; pero hemos querido antes concretarnos á dar razón de los hechos más justificados y creíbles, que abusar de la atención pública, refiriendo las circunstancias maravillosas que los antiguos trovadores inventaron, y muchos cronistas han incurrido en la imprudencia de admitir como verdades dignas de fe. Á tanto ha llegado su preocupación en este punto, que con dificultad encontrará un crítico severo el libertador de Castilla exento de esas ridículas ficciones con que pensando realzarle, han idealizado bajamente su existencia, convirtiéndole en uno de esos seres, que sólo han podido tomar bulto en la imaginación acalorada del Ariosto» (1).

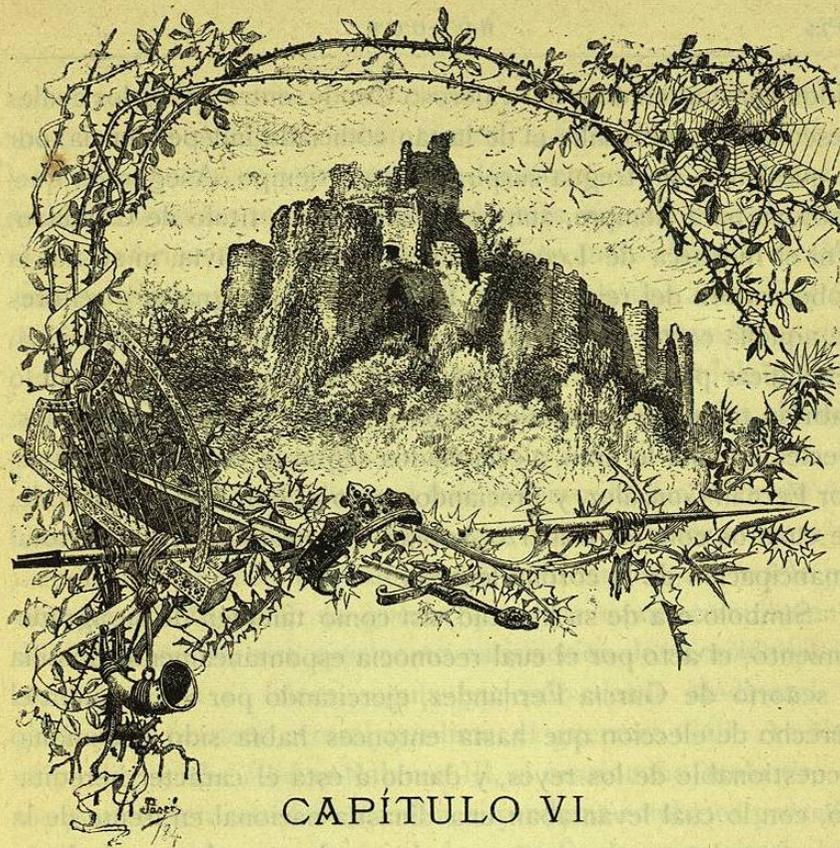
(1) Don Rafael Monege, art. tit. *El Conde Fernán González*, inserto en el tomo de 1846 del *Semanario Pintoresco Español* (pág. 169 y siguientes). Véase también el art. que con el mismo título y firmado por D. J. de la R. (¿D. José de la Revilla?) apareció en el mismo *Semanario*, tomo de 1836, pág. 18 y siguientes. En lugar oportuno trataremos del vigor con que todavía se impone la tradición á nuestros escritores contemporáneos.

Aunque íntimamente unidos, el Conde de la tradición y de la leyenda y el personaje histórico que logra realizar las aspiraciones de Castilla, no son el mismo: el amor, el entusiasmo, la gratitud, y, lo que es más, el interés de pueblos, de monasterios y de iglesias en conservar privilegios, donaciones y beneficios que se suponen otorgados por el héroe burgalés y que, con los de las demás regiones de Castilla y de León, obligaban á declarar á Alfonso X en el siglo XIII que muchos raspaban y enmendaban sus privilegios para atribuirse mayores ventajas en perjuicio de la ley, según expresaba en el Prólogo del *Libro del Espéculo* (1), habían ido poco á poco, desde la décima centuria á la Era del Renacimiento transfigurando y adulterando la personalidad del Conde, hasta el punto de que se pusieran en tela de juicio todas sus hazañas. No ha menester de arreos y de galas tan falsos como deleznable é increíbles, quien, aprovechando las circunstancias de los tiempos, prevaliéndose de su autoridad y prestigio personales, lisonjeando los deseos de toda una comarca, mostrándose esforzado con los enemigos, piadoso y devoto con las creencias, magnánimo en los dones, ambicioso con nobleza pero con tenacidad invencible,—ejecuta actos de tal índole y de tal importancia, cual lo son los que quedan consignados. Al galardonar á Castilla con el inapreciable dón de su emancipación y de su libertad, si hubieran sido otros la situación y el estado de los musulmanes españoles, cuya estrella se eclipsa en Medinaceli con la muerte de Al-Manzor,—habrían seguramente producido graves trastornos, con los cuales no admiten comparación alguna ni la amenaza que envolvían la invasión de los

(1) «Entendiendo e veyendo los males que nascen e se levantan en las tierras e en los nuestros regnos por los muchos fueros que eran en las villas e en las tierras departidas en muchas maneras, que los unos se julgavan por *fueros de libros minguados e non conplidos*, e los otros *se judgan per façanas desaguisadas e sin derecho*, e los que aquellos libros minguados tenien porque se judgavan algunos *rayenlos e camiavan-los como ellos se querian, á pró de sí e á daño de los pueblós*, etc.—La declaración no podía ser más terminante y más triste.

almoravides y el desastre de Zalaca, ni la de los almohades y la triste desventura de Alarcos, vengada con gloria de Alfonso VIII en las Navas de Tolosa.

Hora es pues ya, de separar para siempre el héroe de la historia del héroe creado por el apasionamiento: el primero, digno de eterna alabanza y de gratitud para los castellanos, tan grande, tan egregio se presenta por sí propio, que ante la gloria conseguida por él, quedan borradas sus flaquezas y desvanecidos sus defectos; el segundo, tan bello y tan sublime en las esferas del arte, toca en las lindes de lo maravilloso y llega al postre en alas de la tradición, piadosa y llena de respeto sin embargo, á convertirse en un sér fantástico, al cual no hay prodigio, no hay milagro que no se atribuya con lisonja y sin discernimiento, cargando así muchas veces de sombras y adulterando sin medida su noble y levantada figura.



CAPÍTULO VI

Castilla y Burgos desde el Conde García Fernández hasta Alfonso VI
(970 á 1109)

LA muerte del egregio caudillo, cuyo nombre repiten todavía con religiosa devoción y singular respeto los castellanos, producía, según quedó consignado en lugar oportuno, grandes muestras de profundo y legítimo dolor en toda la comarca, huérfana ya de aquel á quien había considerado como la personificación de su propio espíritu y cuya memoria debía exaltar en sus cantares hasta confundirla en las esferas de lo ideal y de lo maravilloso. Ni se ocultaba en modo alguno á Castilla lo inmenso de la pérdida que experimentaba, ni sin manifiesta y censurable ingratitud podía dar al olvido los preciosos beneficios que tenía reci-